

Las Margaritas de Limones Cantero



Una madre y sus dos hijas fomentan el cultivo de frutales, árboles maderables y este año incursionan en nuevos proyectos agroforestales

Texto y foto: Xiomara Alsina

Allá donde el diablo dio las tres voces, donde las lomas se empinan y el polvo del camino acaricia el rostro de quienes lo desandan; allá, por la ruta que conduce a Polo Viejo, en un sitio próximo a Limones Cantero, una finca integral emerge en medio de tanta sequía y regala una imagen diferente, con el predominio del color verde en sus cercas perimetrales y hasta en la fachada de la casa familiar, que da la bienvenida al visitante.

En sus predios, tres mujeres, madre e hijas, muestran con orgullo los resultados de su intenso quehacer para mantener con buena salud las plantaciones de mango, coco, marañón, naranja, lima, guayaba criolla, chirimoya y otras frutas silvestres que, después de un intenso trabajo de atención y recuperación de las plantaciones, les reportan una buena parte del sustento familiar.

LA FAMILIA EN FUNCIÓN DE LA FINCA

Las Margaritas, como se le conoce a esta finca de la Unidad Empresarial de Base (UEB) Rancho Condado, perteneciente a la Empresa para la Conservación de la Flora y la Fauna en Sancti Spíritus, es uno de esos sitios donde el descanso no clasifica; de sus 2.4 caballerías el marabú fue desterrado y en su lugar aparecen, además de los frutales, bosques con diversidad de árboles maderables y varias especies de aves, reptiles y moluscos que forman parte de la conservación.

Para la iniciadora de este proyecto familiar, Margarita Sarduy Alonso, el haber incorporado a sus dos hijas Lien y Leany Ramírez a los quehaceres agrícolas fue de mucha utilidad. “Comenzamos en el 2008 con estas lomas perdidas de maleza, nuestra primera misión fue recuperar las áreas de bosque, tarea de la que se ocupa fundamentalmente mi esposo, hasta que poco a poco hemos transformado la imagen de la finca”.

Margarita, quien además atiende el control técnico de la masa ganadera en la UEB, tiene bien definidas las funciones. “Yo me ocupo de la imagen, de determinar los lugares donde desarrollaremos nuevos programas de siembra o para la cría de animales,

por ejemplo, tenemos 54 carneros destinados a la venta al sector del Turismo y estamos preparando las condiciones para incursionar en el cultivo de flores y la crianza de aves y jufías”.

En cambio, Lien es quien lleva las riendas de la finca. “Para nosotras no hay nada imposible —dice—, aquí siempre estamos ocupadas, recogiendo frutas, haciendo el desorillo de las plantaciones, chapeando potreros, arreglando el corral de los carneros o podando un árbol, eso sin descuidar los quehaceres de la casa y la atención a mi pequeño o mi sobrina, que desde que se levantan salen detrás de nosotras, como si fueran obreros”.

LA RENTABILIDAD SE IMPONE

Cuando en el 2010 la finca Las Margaritas resultó Vanguardia Nacional por sus logros integrales, nadie puso en duda que después de ese reconocimiento vendrían muchos más. Tal vez por eso las seleccionaron para el encuentro de género que desarrollará la Empresa de Flora y Fauna, a propósito del 8 de Marzo, donde madre e hijas intercambiarán con representantes femeninas del sector y mostrarán sus experiencias como familia en función del desarrollo agrícola.

“Cada año comercializamos decenas de quintales de frutas, con el predominio del mango, el coco y la naranja, para abastecer las unidades de la empresa y la venta a centros turísticos —aclara Leany, la otra integrante del colectivo—. Yo soy maestra, pero me encargo de cuantificar las producciones y apoyo en todo lo que haga falta; ahora, por ejemplo, nos preparamos para desarrollar un nuevo proyecto relacionado con la siembra de flores o para asumir la reforestación en otra parte del bosque”.

En la máquina forrajera, Margarita muele las cañas que servirán para alimentar a los cerdos criollos y los carneros, actividad necesaria, pues la intensa sequía limita la presencia de pastos naturales en los potreros; luego deberá regar los cocos nacientes, que serán plantados cuando rompa la primavera y el terreno esté más suave.

Así será siempre en esta finca: todavía no terminan un trabajo y ya están hablando de las 3 hectáreas de café robusta que entrará en cosecha el próximo año o del desorillo en el área de conservación. Definitivamente, con mujeres como estas no hay labores, por duras que parezcan, imposibles de realizar.



Las manos de Mayda unen las mallas para fundir paneles de hormigón.

No puedo estar quieta

Bajo esa premisa ha transcurrido la vida de Mayda Álvarez Rodríguez, única mujer cabillera en Sancti Spíritus y una de las pocas con que cuenta el país

Texto y foto: Carmen Rodríguez

Cuando se mira en el espejo cada mañana, el cristal le devuelve la figura de una mujer delgada y sencilla, pero con un rostro firme, como quien sabe lo que busca y no se detiene, pese a su aparente fragilidad.

Y así ha sido siempre para Mayda Álvarez Rodríguez, una de las pocas mujeres cabilleras que hoy tiene el país y la única dentro del Ministerio de la Construcción (Micons) en la provincia de Sancti Spíritus, quien, desde que muy jovencita allá en La Bija, Cabiguán adentro, aprendió casi todo en la sitiería que tenía su padre, hasta que en 1987 decidió probar suerte en el Micons.

“Comencé hace 32 años en la cabina de un tallercito donde se hacían viguetas como ayudante en el trabajo con el acero, después pasé a trabajar con la punteadora de soldar en el taller grande y terminé como ensambladora de estructuras metálicas”.

Desde las seis de la mañana comienza el ajetreo de esta mujer entre guajira y constructora que, todavía sin salir el sol, va desde Guayos hasta la cabecera municipal para adentrarse en un mundo lleno de ruidos, golpes, fundiciones y estructuras prefabricadas que dan forma a elementos vitales para cualquier construcción.

Con la ayuda de un gancho, Mayda une barras de acero una y otra vez hasta formar una gran jaula. Los dedos largos, fuertes y ágiles como los de una instrumentista musical, con uñas largas y pintadas de un rojo intenso, trenzan el acero con una habilidad notable. Increíblemente no hay marcas, no hay callos visibles para la mujer que no para de unir cabillas al tiempo que repasa su existencia.

“Llegué aquí y me quedé porque descubrí que esto es lo que me gusta hacer, no quiero nada con papeles, solo cuando tengo que firmar. Ya en cabina hacía aros, pero no es lo mismo que fajarse con mallas de 4 metros de largo y casi 3 de ancho

para fundir los paneles que conforman las viviendas.

“¿Que el acero es fuerte para las manos de una mujer? Sí, pero no es tan difícil, aunque lleve algo de fuerza, el problema es que me gusta y trabajo feliz. Y ya tú ves, me arreglo mis uñas y cuando se trata de soldadura trabajo con guantes, pero amarrar no se puede con las manos cubiertas, y después llego a mi casa y hago de todo”.

Habla con orgullo de tantas cosas que quienes la escuchan sienten una envidia sana cuando hace un alto en su trabajo para contar cuánto quiere a sus compañeros de muchos años como si fueran una sola familia, cómo reparte su tiempo en casa desde que al amanecer planta la cafetera, les echa comida a los puercos y siempre deja tiempo para un arreglito frente al espejo antes de coger, en lo que pueda, carretera hasta la Empresa de Prefabricado en Sancti Spíritus.

“Y cuando regreso hago lo mismo. Atiendo la casa, hago la comida, otra vez los corrales, y así hasta las 11 de la noche que me duermo. Yo soy del campo y no le tengo miedo al trabajo; lo mismo siembro boniato que empalmo tabaco o amarro y armo las mallas”.

Con la misma agilidad con la que trabaja el acero, sigue contando retazos de una vida cosida con pasión por una familia que no deja de hacer visitas intempestivas que duran días, a más de 40 años de un feliz matrimonio solo reemplazable por el amor de sus hijos y nietos.

A sus 60 años, Mayda ni siquiera piensa en la jubilación, estar lejos de la construcción y del hormigonado no está en sus planes. Nunca ha sido condecorada, no tiene distinciones, pero guarda para sí la satisfacción de escuchar a quienes saben de ese oficio repetir hasta el cansancio que es una de las mejores del país en lo que hace.

“Trabajar todo el día de pie frente a un tablero es duro. Pero la vida es eso, estar haciendo constantemente, y yo no puedo estar quieta”, sentencia.



“Aquí no hay espacio para el descanso”, aseguran las integrantes de la finca Las Margaritas.